

—¡Cómo debiera maldecir á los que son la causa de que lleve una existencia tal!

Pero se contuvo, y con tono de jovialidad, tal vez un poco forzada, añadió:

—¡No pensemos en eso! Obremos sencillamente como todo el mundo, como esas pobres jóvenes que están en el mismo caso que nosotras y á quienes vemos correr por esas calles yendo á su trabajo, arrastrar su cadena.

—¡Pobre Aurora!—exclamó Elena.

—No te preocupes: sin tí no tendría valor tal vez; pero por tí y por la criatura que ha de venir, me siento fuerte. ¡La queremos las dos!... Nos pertenecerá... ¡Trabajaremos por ella! ¿Pero por dónde empezar?

Trató de sonreír y concluyó diciendo:

—¿Puedes darme una brújula para orientarnos?

Hablaron un momento.

La vieja Mónica entró llevando el desayuno, que colocó sobre la mesa.

Las dos amigas le tomaron y Aurora se arregló el pelo, examinó su vestido de lana negra, sujetó su sombrero con un alfiler y se dispuso á salir.

—¡Vamos!—dijo exhalando un suspiro,—en marcha!

Esta fué su primera excursión; ¡pero de cuántas otras debía ser seguida!

¡Y todas en vano!

Durante tres meses anduvo de una parte á otra sin conseguir nada.

Sufrió interrogatorios sin fin, burlones y crueles.

—¿De dónde venís?

—¿Qué queréis?

—¿Una colocación?

—¿Quién puede dar informes de vos?

—¿Cómo queréis que os admita si no sabéis hacer nada?

—Por ahora no, volved dentro de algun tiempo.

—¡Buenos días!

La despedían.

Y ella se veía obligada á convenir en que los patronos, los jefes de personal, los tenderos, tenían razón.

No sabía nada.

No conocía ningún oficio.

Había sido criada como una «señorita».

Aquel Pilet-Desbuttes había estado mal inspirado. Hubiera sido mejor que la hubiera educado como á una obrera, como á una aldeana, puesto que no podía esperar ni dote ni herencia alguna.

A pesar de sus esfuerzos, no encontraba nada.

Aurora había hecho lo que otra cualquiera que se encontrara en su lugar.

Ella, cuya alma era por naturaleza dulce, riente, abierta á los buenos sentimientos, se marchaba con la cabeza baja, con un principio de rencor hacia aquella sociedad en la que, con la mejor voluntad, la abnegación de sí misma, el valor y el mejor deseo de sacrificio, se puede morir de hambre ó de sed, caer de inanición en la calle ó echarse al río, sin que una mano caritativa se tienda hacia uno, dispuesta á impedir que caiga en el abismo.

Y al día siguiente, volvía á empezar sus excursiones hasta el día en que cansada, de tanto correr en vano, desalentada, comprendió que

no debía abrigar ninguna esperanza y que las únicas proposiciones serias que oyó fueron las que la hicieron algunos cínicos, deslumbrados por una frescura que resistía á tantas miserias y al aire pútrido de los arroyos secos y de las cloacas quemadas por un verano tórrido.

Sentía una especie de locura, una opresión en el corazón que la subía á la garganta y la ahogaba.

¡Era aquel el París del que había esperado su salvación!

¡Era aquella la ciudad monstruosa donde la mujer está oprimida ó triunfante, esclava ó reina, según que se resista ó caiga!

No hay término medio.

Poco á poco aprendía á conocerlo.

A espensas suyas, bien entendido, dejando en él cada día un poco de su ignorancia, y digámoslo, de su pureza.

Por fin, después de seis meses de ensayos, de tentativas, después de haber entrado en una tienda de modas para salir dos días después roja de vergüenza, con el corazón lleno de ira, á consecuencia de una injuria que la dijo en un minuto, más que ella había visto y oído desde que corría las calles de París en busca de un medio de ganar para poder vivir; entraba en la calle de San Andrés de las Artes, y subía á su casa sin colocación y casi sin dinero, cuando en uno de los descansos de la escalera vió una puerta abierta y en el dintel á una vecina que la decía:

—Entrad... creo que he encontrado algo para vos.

La voz era agradable.

La propietaria de aquella voz era una mujer

de unos cincuenta años, vestida de negro, de facciones marchitas pero agradables aun, de cara inteligente.

Ocupaba con su hija, una joven de dieciseis años, muy enferma, un cuartito de trescientos francos al lado del de Aurora.

Durante el día no estaba nunca en casa.

—Es una rareza verme ¡he!—dijo.— Pero Teresa esta peor... He avisado al médico y quiero estar aquí para cuando venga á verla. He encontrado quien me remplace en el kiosko. No puedo dejar aquello solo.

Esta buena mujer se llamaba la señora Simonet.

Era la viuda del cajero de una casa de banca.

Su marido había muerto hacia diez años y no poseía más que su colocación.

Los últimos recursos se habían agotado á causa de su enfermedad y la viuda había sido muy feliz en encontrar un kiosko donde vender periódicos.

El kiosko de la señora Simonet estaba en la esquina de la calle del Bac y del boulevard de San German.

Tenía que estar en él desde las seis y media de la mañana hasta las diez de la noche.

La señora Simonet estaba muy sujeta; pero al menos tenía la suerte de ganar de cuatro á cinco francos diarios y con esto vivían su hija y ella.

Todavía hubiera hecho algunas economías si el estado delicado de Teresa no la hubiera obligado á hacer con frecuencia, desembolsos para medicamentos y médicos.

Pero no se quejaba.

Era de carácter alegre y muy valiente.

Los días pasaban para ella con mucha rapidez, ocupada en el arreglo de sus cuentas y distraída con el vaivén de los compradores, que como en su mayoría eran del barrio y la conocían mucho; echaban con ella sus parrafistos.

Los malos días para ella eran esos del invierno en que hiela mucho ó cuando el viento y la lluvia la llevaban su mercancía ó se la echaban á perder á pesar de sus esfuerzos.

Sin embargo raras veces perdía su buen humor.

Hizo entrar á Aurora en la cocina que era para ella la habitación predilecta y donde recibía sus escasas visitas, porque de las otras dos habitaciones que tenía, una estaba desamueblada y la otra servía de dormitorio á la madre y á la hija, y como esta por su enfermedad estaba casi siempre acostada y con poco humor para hablar con quien quiera que fuese, no quería molestarla.

—¿No marchan bien las cosas?—preguntó á su vecina viéndola triste.

—¡Oh! no.

—Sin embargo, ¿habéis encontrado colocación en una casa bastante buena de los alrededores de la Bolsa?

—Sí, pero no volveré allí.

—El sitio no tiene buena reputación... Yo oigo á las gentes... Hablo con muchos... y al saber que estábais allí, me he fijado con interés. ¿De modo que no había medio de seguir allí?

—No.

—¿Allí se gana buen sueldo?

—Según parece... No he tenido tiempo de

saberlo; pero si se gana, cuesta caro, demasiado, al menos para mí.

Aurora se expresaba con sorda cólera.

—¿Me deciais que habiais encontrado?...

—Sí, algo para vos... pero es tan poco... que apenas si me atrevo...

—¡Decídmelo! Será el primer dinero que habré ganado desde que estoy en París.

Y era preciso buscar un medio de ganar algo.

Los recursos se acababan.

Y Elena iba á dar á luz.

Estaban á últimos de diciembre.

En las habitaciones hacía un frío horrible. Siete grados bajo cero.

De los dos mil francos que el menor de los Caylus la había dado, le quedaban trescientos escasos.

—Pues bien—dijo la señora Simonet,—lo que os he encontrado podrá ayudaros á esperar con más tranquilidad. Se trata de costura. ¡Podriais trabajar en vuestra casa!

Aurora respiró.

No tener que ir á casa ajena. Ganar, por poco que fuese, pero libremente, sin bajarse á sufrir exigencias que la sublevaban, proposiciones que la hacían saltar.

Además, tenía que cuidar á Elena.

La pobre señora Simonet tomó mil precauciones para hacerla la proposición.

—Pagan muy poco!—dijo.

—Bueno; menos gano ahora—contestó Aurora.

Por fin se decidió á explicar el asunto.

Era en la calle del Bac, en un taller de ropa blanca, donde trabajaban para un gran almacén.

La dueña del taller buscaba costureras para cederlas trabajo, porque tenía pedidos enormes.

Se trataba de peinadores ya cortados y que había que hacer.

Caso necesario, la dueña suministraría una ó dos máquinas.

La señora Simonet se excusaba.

—Ciertamente eso no será más que por poco tiempo—decía,—porque era imposible que la situación no mejorara pronto. Concluirían por encontrar para aquella pobre Elena y para ella alguna colocación en una casa buena.

Y añadió:

—Es preciso no desesperar. Estoy segura de que sí encontraréis.

—No, á mí no me admitirán en ninguna—dijo Aurora con amargura.

Estaba en ese estado de revolución que resulta de la impotencia de los esfuerzos, de la mala suerte que nos persigue y nos aplasta, que paraliza las mejores voluntades y que agría las naturalezas más resistentes.

Apenas si se atrevía á ir á ver á la señora de quien la hablaba la vendedora de periódicos.

Fué preciso que la señora Simonet la instase.

—Id—la dijo.—No os desaniméis... Nada os cuesta ver.

Por fin se decidió.

El taller estaba situado en el quinto piso de una casa, no tan vieja como la de los Grünbach; pero más triste. Era una habitación muy pequeña.

Una docena de jóvenes trabajaban en silen-

cio, encorvadas sobre sus máquinas; algunas de ellas cortaban las prendas sobre grandes mesas y se las distribuían á las otras.

La mayoría de aquellas jóvenes parecían delicadas, á juzgar por sus caras.

De cuando en cuando interrumpía aquel silencio un golpe de tos que desgarraba los oídos.

Aurora experimentó un malestar extraordinario al entrar en aquel taller donde evidentemente no se ganaba con que vivir y cuyo aire era casi irrespirable, envenenado, por el calor de una de esas máquinas llamadas estufas.

Haciendo un esfuerzo preguntó:

—¿La señora Lapierre?

Este era el nombre que su vecina la había indicado.

—En el fondo, en su gabinete—dijo una pequeña rubia.

Aurora la miró y pasó.

El gabinete en que estaba la señora Lapierre era oscuro, recibía la luz por una ventana muy pequeña que daba á la casa inmediata.

El gas ardía con parsimonia bajo una pantalla verde.

La señora Lapierre era una solterona de cincuenta y cinco años, de cara consumida, pero de mirada franca y bondadosa.

Al oír que alguien entraba en su gabinete levantó la cabeza y dejó sobre el tintero la pluma conque estaba haciendo sus cuentas.

—¿Sois la persona enviada por mi amiga, la señora Simonet?—preguntó.

—Sí, señora.

—¿La señorita?

—Miltón.

—Justamente... Eso es... Me acuerdo... ¿Buscáis una colocación?

—Sin encontrarla...

La señora Lapierre examinó un instante con interés á aquella hermosa joven reducida á una estrechez vecina de la miseria, y sin embargo tan fresca, tan cuidadosa, con un traje muy sencillo pero irreprochable.

Allí había un misterio que la intrigaba.

—Sentaos—dijo mostrando una silla que estaba cerca de la mesa que la servía de escritorio.

—La señora Simonet me ha hablado mucho de vos y de vuestra amiga. Atravesais malos días. Los buenos vendrán en seguida. A mi me sucedió lo contrario. Yo conocí primero los buenos, los malos vinieron después. Desde hace diez años me veo reducida á dedicarme á este oficio con el que se vive mal. Trabajando noche y día, no he reunido nunca quinientos francos y sino faltase trabajo nunca, menos mal, pero hay temporadas en que no hay una puntada que dar. Ahora si, tengo mucha obra y si queréis alguna puedo dárosla.

Entró en algunos detalles.

Trabajaba para un gran almacén.

No la devolvían jamás el trabajo.

La conocían mucho.

Sabían que trabajaba á conciencia.

La encargaban toda clase de ropa blanca, todo barato.

Por el momento tenía una gran cantidad de peinadores que hacer.

La daban la tela y todo lo necesario; ella no ponía más que el hilo.

Pero era preciso cortarlos, hilvanarlos y coserlos, recogerlos del almacén y llevarlos cuando estuvieran hechos, por un franco veinticinco céntimos.

No se ganaba para agua.

Y, sin embargo, no podía rehusar este trabajo.

De otro modo, ¿qué sería de sus pobres oficiales? ¿Qué sería de ella misma?

—Y en resumen, ¿qué ganáis?

—Nada. Para vivir miserablemente.

Fijó los ojos en Aurora, y añadió:

—Si queréis, haréis lo que nosotras... pero sois muy joven para condenaros á esta vida.

Y más bajo murmuró:

—¡Muy hermosa, sobre todo!

—Es preciso trabajar... hacer algo...—contestó Aurora.

Entonces la expuso las condiciones.

La daría setenta y cinco céntimos por cada peinador. Se los daría ya cortados.

Con una máquina, trabajando doce horas, se podían concluir tres ó cuatro, porque había ciertas partes que debían ser cosidas á mano.

Ganaría unos dos francos y medio.

Esto no era gran cosa. ¡Ah! ¡no!

Pero esto no sería más que pasajero.

Aurora aceptó.

Los primeros días la labor fué muy despacio, y trabajaban con poco ánimo.

Pero ya fueron tomando afición á aquella tarea que las impedía pensar en su situación y la emprendían casi con complacencia.

Como la señora Simonet había dicho, aquel era un medio de esperar.

Además Aurora nó tenía que sufrir ya las

vergüenzas que la exasperaban durante sus excursiones en busca de una colocación.

Trabajaba casi con desesperación en aquella costura que la convertía casi en máquina, sin preguntarse cuál sería el fin de aquella situación.

Y su triunfante belleza resistía á aquellas continuas fatigas, á las largas vigilias, pues algunas noches seguía trabajando hasta más de las doce, y después, cuando se acostaba, se quedaba dormida como un plomo sin que los tristes sueños que antes la desvelaban, vinieran á molestarla.

Estaba tranquila.

No debía nada á nadie.

Los dos mil francos del conde Caylus duraban aun, gracias á los prodigios de economía de la vieja Mónica, que al regatear sobre el precio de los artículos lo hacía como si defendiera la vida de sus señoritas.

Se hubiera dejado matar por cualquiera de las dos.

Quería á Aurora tanto como á Elena, comprendiendo cuanta generosidad, cuanto valor había en aquel corazón tan joven.

Elena dió á luz á fines de enero un niño, para el que la comadrona buscó una nodriza de los alrededores de Dammartin, en Sena y Marne.

A partir de este momento, las dificultades con que luchaba la desgraciada Aurora tomaron mayores proporciones.

Los gastos aumentaron, ensanchando la enorme brecha que en el bolsillo de las pobres jóvenes había abierto el alquiler de enero.

Elena estuvo á la muerte á consecuencia del

parto y quedó imposibilitada para poder trabajar en muchos meses.

El horizonte se oscurecía cada vez más.

Aurora, que habia hecho conocimientos en sus excursiones y habia recibido algunas promesas, esperaba todos los dias alguna buena noticia.

Nada llegaba.

La única persona que las ayudaba algo era la señora Lapierre, que seguía dándolas labor, aunque muy poco pagada.

Y volviendo de la calle del Bac fué cuando se encontró frente á frente con el barón Saint-Aubin, que salía del taller de los hermanos Grünbach.

A partir de aquel encuentro, los acontecimientos debían precipitarse.

XIII

Bolsa vacía.

El cuadro era triste.

Cuando Aurora entró en su habitación, convertida en obrador, un mezquino fuego moría por consunción en la gran chimenea.

Elena que estaba sentada en una silla baja y con los brazos cruzados estaba inclinada sobre las rodillas, se volvió hacia la puerta dando un suspiro, al par que decía:

—¡Cuánto has tardado!

La pobre joven no era ni su sombra.

Pálida, delgada, destrozada, llevaba en su rostro las huellas de sus muchos sufrimientos. Aurora dejó el envoltorio que traía debajo